

La huella de Alejandro

Eloy M. Cebrián

Fotografías: D. Quirós y E. Cebrián

Todos los viajes son mentales. Cualquier viaje que merezca ese nombre es siempre hacia el interior de uno mismo. Esto es casi un tópico de la literatura. ¿Por qué lo olvidamos con tanta frecuencia?

Voy a visitar por fin la tierra natal de Alejandro. Conviví estrechamente con él mientras escribía un libro sobre su vida. Mejor diré que conviví con una imagen de Alejandro que yo mismo había fabricado, porque durante ese tiempo él fue sólo un personaje de mi novela. Se cuenta que Alejandro amaba el arte, que favorecía a pintores y escultores y que fue un ferviente lector de Homero y de Píndaro. Como muestra de gratitud, el arte hizo a Alejandro inmortal. Apenas habían transcurrido unos años tras su muerte, cuando el rey se había convertido en un personaje literario, un mito, o mejor una serie de mitos sucesivos. Así es como Alejandro ha llegado hasta nosotros. Pero hoy quiero encontrar al hombre detrás del mito. Me he propuesto rastrear las huellas del niño y del joven en los lugares donde transcurrieron los primeros veinte años de su vida.

No ha sido fácil escaparnos de la hospitalidad, a veces algo abrumadora, de nuestros amigos griegos. Hemos alquilado un pequeño coche, el sol brilla con fuerza y las carreteras están tan vacías como si acabaran de construirlas para nosotros. La llanura macedonia se parece de una forma asombrosa a mi propia tierra, aunque me temo que a nosotros la Historia nos ha pasado por alto. Siempre imaginé este país de otra manera. Quizá más agreste, más grandioso. Hay algo decepcionante en esta sensación de familiaridad que noto al mirar por la ventanilla. Un indicador en la carretera nos indica que estamos llegando a Pella. Éste es el lugar donde Filipo tuvo su corte y donde nació el más famoso de sus hijos, destinado a ser mucho más grande que él, mucho más grande que cualquier otro.

Plutarco cuenta que el nacimiento de Alejandro fue



1

precedido por visiones y prodigios. Tuvo lugar en el mes de Hecatombeón, que los antiguos macedonios llamaban Loo y nosotros nos contentamos con llamar agosto, y coincidió con aquel incendio que destruyó el famoso templo de la diosa Ártemis en Éfeso, una de las siete maravillas del mundo antiguo. A menudo imaginamos la antigüedad como una

2

época de maravillas. Hoy, al entrar en el recinto arqueológico de Pella, me cuesta trabajo concebir que aquí pudiera ocurrir nada extraordinario. Un perro flaco trisca entre los matojos y las máquinas de labranza ronronean en los campos vecinos. Pella agotó su ración de prodigios cuando vio nacer a Alejandro.

De lo que un día fue una gran ciudad, quedan sólo unas cuantas columnas en pie. Algunos mosaicos confeccionados con pequeños

guijarros nos hablan de lujos y banquetes. Esta capital floreció a costa del enorme botín que los macedonios trajeron de Asia, a costa de la rapiña y el pillaje, como las capitales de todos los imperios. Hoy las ruinas de la ciudad apenas se distinguen de los campos que la rodean. Han excavado un gran espacio cuadrangular donde dicen que estuvo el ágora. Los carteles aseguran que en lo alto de aquella pequeña colina, donde ahora no hay más que un par de árboles, se alzó el palacio real. Ese tiene que ser el lugar exacto donde Alejandro nació. Intento imaginarlo recorriendo este paraje, quizá recostándose sobre aquella solitaria columna. Pero la imaginación no parece obedecerme hoy, precisamente cuan-

3

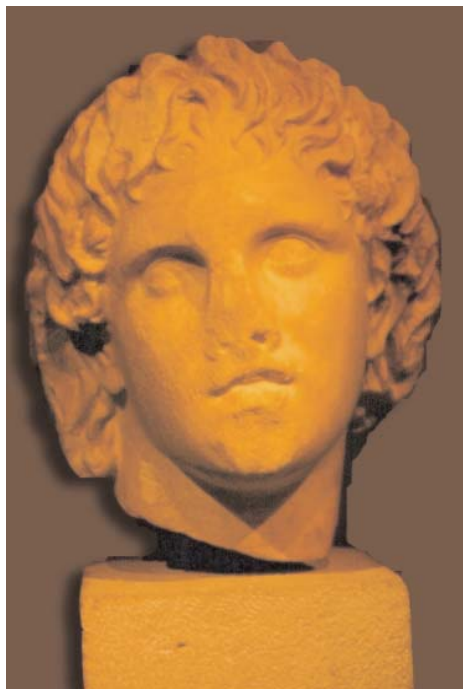


do más voy a necesitarla.

4

Lo primero que vemos al entrar al pequeño museo es una cabeza de Alejandro representado como un joven efebo. Le falta la nariz, pero por lo demás es idéntica a docenas de otras que he visto en museos e ilustraciones. Alejandro fue uno de los primeros gobernantes que se preocuparon por su imagen pública. Tuvo sus propios escultores y pintores de corte, quienes reprodujeron siempre el mismo retrato: una leve torsión en el cuello, labios carnosos y sensuales, frente abultada y la *anastolé*, ese remolino en el nacimiento de su rizada melena que, de puro convencional, incluso tenía nombre. Plutarco dice que los ojos de Alejandro eran acuosos, pero sus ojos siempre están secos en las estatuas. Ésta lo representa como un joven Apolo. Todas las imágenes de Alejandro son la misma. No muestran a un hombre, sino a un ideal, un dios. Nunca conoceremos su apariencia real, ni siquiera aquí, tan cerca del lugar donde nació.

En un rincón del museo encuentro una hermosa figura ecuestre. Tanto el jinete como su montura están mutilados. Pienso en las docenas de heridas que Alejandro recibió en batalla. Con toda seguridad, las heridas precipitaron la muer-



5

te del rey, que ocurrió en Babilonia, cuando tenía sólo 32 años. Alejandro nunca volvió a Macedonia. Ni siquiera creo que tuviera intención de hacerlo. Dicen que él siempre miraba hacia delante, impaciente por descubrir que había más allá. Quizá uno de los secretos de la vida consista en no volver.

Al cabo de un rato abandonamos Pella, y ya empiezo a notar el cosquilleo de la desilusión. A un par de kilómetros del recinto hay una población. *Neapella*, reza el cartel. La nueva Pella no es más que un pequeño pueblo agrícola, un lugar perdido al norte de Grecia, en mitad de la llanura macedonia. Igual que Alejandro, creo que tampoco yo voy a volver.

Vergina está sólo a veinte o veinticinco kilómetros. En la antigüedad se llamaba Aigai y era la ciudad sagrada de los macedonios, el lugar donde coronaban y enterraban a sus reyes. Hoy es un centro de atracción turística. La gente acude en manadas a visitar el museo y las tumbas reales que el arqueólogo Andronikos excavó en los años 70. Una de ellas es la del propio Filipo. Será el plato fuerte de la jornada y lo dejamos para el final.

En el restaurante la mayoría de los comensales son griegos. El aspecto de estas personas es tan común que uno no tiene la sensación de estar en un país extranjero. Me gusta pasear por las calles de las ciudades griegas como si me encaminara hacia algún sitio, sin la mochila, la cámara fotográfica o cualquier otro

detalle que me delate como turista. Sé que visto un disfraz perfecto y nadie me dedicará una segunda mirada mientras no abra la boca. Esa sensación de anonimato, mezclada con la lejanía, me resulta placentera. Es como perderse o diluirse. El camarero nos pregunta algo. Pronto se da cuenta de que somos extranjeros y sonrío. Hasta los mejores disfraces tienen fallos.

Subimos en coche hasta lo alto de la colina. Alguien propone caminar, pero hace calor y acabamos de comer. En esto tampoco nos diferenciamos en nada de los griegos. Lo primero que encontramos es el antiguo teatro de la ciudad. Al pie de la colina, donde muere la ladera, hay un círculo delimitado por bloques de piedra. Aquí estuvo la orquesta del teatro. En el lugar donde se levantó la escena han plantado unos olivos. Detrás, la gran llanura Macedonia se diluye en la distancia. Filipo iba a celebrar aquí sus esponsales. Dicen que invitó a los representantes de todas las ciudades helenas para jactarse ante ellos de su poder. En torno al teatro dispuso estatuas de madera de los doce olímpicos. Y justo en el centro de la orquesta, en el mismo lugar donde yo estoy ahora, ordenó colocar una estatua de mayor tamaño que los demás. Era su propia efigie. Es fácil suponer el escándalo de los asistentes. Pero tuvieron que callar cuando el rey apareció para hacer el discurso nupcial. Entonces se le acercó el jefe de su guardia personal y le asestó una puñalada. Era el momento de mayor gloria de Filipo, la cima de su



6

poder. Poco después iba a cruzar al Asia con el ejército para desafiar al rey persa, lo que nadie se había atrevido a hacer. Pero ahora Filipo agoniza en los brazos de Alejandro. Así al menos lo imaginé yo. Me coloqué en el sitio exacto donde el rey fue asesinado y les pido a mis compañeros que me hagan una fotografía. ¿Qué sintió Filipo al ver brillar el puñal del asesino? ¿Llegó a darse cuenta de todo lo que la muerte le estaba arrebatando? Mientras pienso en esas cosas, levanto los brazos e intento imaginar que yo soy él. Pero lo único que consigo es sentirme un poco abochornado.

7



Seguimos subiendo por la colina y encontramos dos tumbas encontradas en las primeras excavaciones, allá en los años 30. Una de ellas se puede visitar. La otra está dentro de una especie de cobertizo cerrado. Las tumbas de los nobles macedonios eran como pequeños templos; las losas que las sellaban tenían forma de puerta. Quizá creían que así la muerte los convertiría en dioses. La inmortalidad siempre fue una recompensa apetecible.

Alejandro la persiguió durante toda su vida. Cuando era joven se conformaba con ser un héroe al modo homérico. Pero al final de sus días quiso que lo adoraran como a un dios. ¿Soñó Alejandro con su inmortalidad mientras agonizaba de fiebre en Babilonia? Más bien creo que lo único que quiso fue vivir un solo día más, una hora más. Nadie es capaz de concebir su propia muerte, ni siquiera cuando ésta se precipita sobre nosotros. Quizá toda la inmortalidad a la que podamos aspirar esté contenida en ese instante último y aterrador que precede a la muerte.

Sabemos que la tumba que está cerrada es la de la reina Eurídice, la madre de Filipo. Le preguntamos al guardia que si podemos visitarla y el hombre levanta la nariz. Los griegos levantan la nariz para decir que no.

En lo alto de la colina están las ruinas del antiguo palacio de Aigai. La vista es muy hermosa y no puedo pensar en un lugar mejor donde construir una residencia real.

8



Debió de ser un edificio imponente. Tal es así que el palacio pervivió en el recuerdo mucho después de que el tiempo hubiera sepultado la última de sus piedras. El paraje siempre se llamó Palatitsa («el pequeño palacio»), y así fue como los modernos arqueólogos supieron dónde hundir sus picos. Durante siglos el palacio de los reyes de Macedonia estuvo contenido en un nombre. A veces asusta pensar en el poder de las palabras.

Son casi las cinco cuando descendemos de la colina y nos encaminamos hacia el museo. Hay tiendas de recuerdos a ambos lados y no puedo evitar entrar a fisgar en una de ellas. La famosa efigie de Alejandro con los cuernos del dios egipcio Amón se multiplica en llaveros y medallas. También el llamado «Sol de Vergina», una

9



estrella de dieciséis puntas que adornaba el cofre con los restos de Filipo. Hoy es el símbolo nacional de los macedonios. Pienso en el pasado de Grecia y compadezco a los griegos modernos. Ha de ser agotador soportar el peso de un pasado tan ilustre. Sigo ojeando souvenirs hasta que me decido por una camiseta negra con el Sol de Vergina bordado con hilos dorados. Es para mi hijo de seis años. Creo que me gustará ver relucir ese sol sobre mi hijo.

Por fin vamos a visitar el museo. Se trata de una construcción subterránea, una especie de gran madriguera de conejo sobre la que se volvió a erigir el túmulo que ocultó las tumbas reales durante siglos. La iluminación en el inte-

10



rior es tenue, como corresponde a un lugar sagrado. Hablamos en susurros y nos movemos furtivamente, sintiéndonos casi profanadores de tumbas. Vemos suntuosas ofrendas de oro y de plata expuestas en vitrinas. También las diminutas tallas de marfil que representan a Filipo y a su familia. Si los observa fijamente, uno casi puede ver una pátina de tiempo congelado alrededor de estos objetos. En el centro está el cofre dorado con la el sol de Vergina. Me sorprendo al comprobar que es mucho más grande de lo que yo pensaba. Los huesos guardados dentro de él le revelaron al arqueólogo Andronikos que su excavación había dado justo

en el blanco. Una tibia más corta que la otra, la órbita destrozada del ojo derecho. «Afirmo que he encontrado la tumba de Filippo», dijo Andronikos. Son nuestros defectos y no nuestras cualidades los que nos representan, incluso después de muertos. Pero ahora paso de prisa ante las ofrendas fúnebres, ya habrá tiempo para volver. Estoy impaciente por

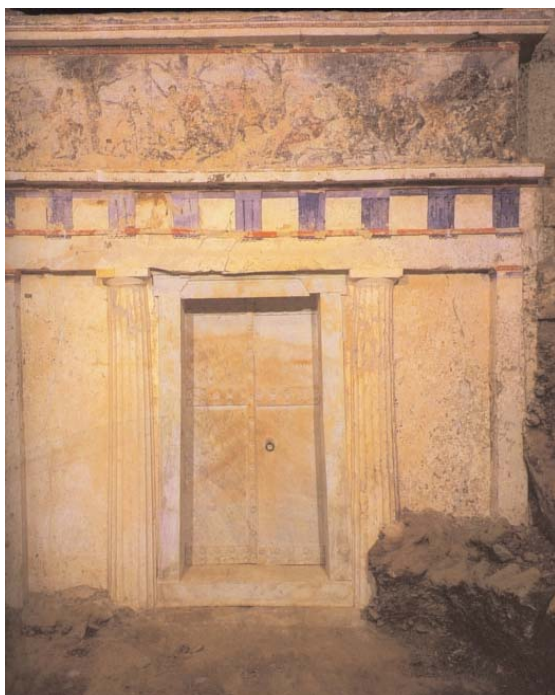


11

ver la tumba de Filippo, que está en una cámara que hay a mi izquierda. El corazón me late deprisa cuando entro, pero me detengo en seco al encontrar el recinto repleto de turistas norteamericanos. La fachada de la tumba es apenas visible tras un muro de camisas floreadas y sombreros de paja. Su guía les habla en un inglés desganado y nasal. Mientras tanto, ellos asienten con la cabeza y toman algunas fotografías. Son poco entusiastas, pero corteses. No se dejan vencer por la rutina agotadora del viaje organizado. Murmuro algunas maldiciones antes de salir. Por suerte no me entienden. Nadie desprecia tanto a sus semejantes como un turista.

Miro con indiferencia algunas estelas mientras espero que mis compañeros terminen su visita. La frustración me mordisquea el estómago. Sé que el día está perdido, que no voy a encontrar a Alejandro y que la vida no se parece a la literatura. O quizás se parezca sólo a la mala literatura. Oigo un bullicio a mi espalda y veo que los turistas norteamericanos abandonan el recinto de la tumba en disciplinada fila india. Tal vez...

Estoy solo y la tumba está allá abajo, al pie de una grada o escalera. Desciendo lentamente para poder reparar



12

en los detalles. La pesada puerta de mármol flanqueada por dos pilares, los triglifos en un brillante tono de azul, el friso cuarteado, pero en el que todavía es posible distinguir una escena de caza. El joven Alejandro monta sobre Bucéfalo y se dispone a alancear un jabalí. La penumbra. El silencio. El aire de la cámara vibra con el poder de la ficción.

¿Lo puedes ver?

Claro que lo puedes ver. Porque tú mismo lo imaginaste y lo escribiste.

Anoche el cadáver de Filippo ardió sobre la pira. Alejandro se había rasurado su hermosa melena en señal de duelo y los rubios cabellos se consumían entre las llamas. Parecía tan joven, tan desvalido... Después el ejército se reunió para elegir al nuevo rey. El nombre de Alejandro fue coreado con tal ardor que las montañas, aunque lejanas, devolvieron los ecos. Sus compañeros improvisaron una plataforma con sus escudos y lo pasearon en triunfo por toda la antigua capital. Y tú lo contemplaste desde la distancia, pequeño, insignificante entre aquella muchedumbre armada. Sin embargo, por su expresión se diría que todo el peso del mundo acababa de caer sobre sus hombros. Y sentiste una compasión infinita por él. Al fin y al cabo, sólo tiene veinte años.

Pero ahora, a la mañana siguiente, Alejandro ya no parece un muchacho. Ha pasado la noche velando los restos de su padre dentro de la tumba. En estos momentos la abandona para los esclavos puedan fijar la pesada losa, que se desliza hasta su lugar con un chirrido. Alejandro espera mientras sellan la entrada. Va vestido con una sencilla túnica blanca y mantiene la cabeza inclinada. Lo miras mientras los primeros rayos del sol iluminan la tumba. Y sabes lo que piensa. Piensa que los hombres no alcanzan la edad adulta hasta ese día atroz en que ven morir a sus padres. Al cabo de un rato Alejandro se yergue y se aleja con paso firme. Las huellas de sus sandalias han quedado nitidamente impresas sobre la tierra y sabes que también tú puedes marcharte.

¿No lo comprendes? Él ha ido contigo durante todo el tiempo mientras tú lo buscabas en los sitios equivocados.

Todos los viajes son mentales. Cualquier viaje que merezca ese nombre es siempre hacia el interior de uno mismo.

PIES DE LAS FOTOGRAFÍAS:

- 1. Estatua ecuestre de Alejandro. Tesalónica.
- 2. El autor en el recinto arqueológico de Pella.
- 3. Mosaico de la caza del león. Museo Arqueológico de Pella.
- 4. Cabeza de Alejandro. Museo Arqueológico de Pella.
- 5. Estatua ecuestre. Museo arqueológico de Pella.
- 6. Teatro. Vergina.
- 7. Tumba de Rhomaios. Vergina.
- 8. Ruinas del palacio. Vergina.
- 9. Medalla de Alejandro-Amón.
- 10. Túmulo bajo el que se encuentra el museo arqueológico de Vergina.
- 11. Cofre de Filippo. Museo de Vergina.
- 12. Tumba de Filippo. Museo de Vergina.